

pacencias? Por el contrario, solo sirven para hacerlos mas pesados, y para perpetuarlos. Toma desde luego la generosa resolucion de no mostrarte nunca mas apacible ni mas manso que cuando sientes el corazon mas lleno de amargura. Ni concibas que esto es sumamente dificultoso, aunque se lo parezca así á las almas cobardes y dominadas de sus pasiones. ¿Qué paciencia no se tiene con un viejo enfadoso, con un enfermo inquieto, con un pariente extravagante, de quien se espera una rica herencia? ¿Qué paciencia han menester y efectivamente gastan los que sirven en la guerra, los que asisten en la corte? ¿cuánto tienen que sufrir y que disimular por no disgustar al soberano ó al ministro? ¿Y no merecerá Dios que se tenga tanta paciencia por servirle y por agradecerle? Sea esta virtud la que en adelante te distinga y te caracterice.

DIA III.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES PERGENTINO Y LAURENTINO, HERMANOS, en Arezzo de Toscana; los cuales en la persecucion de Decio, siendo presidente Tiburcio, sin consideracion á su tierna edad, padecieron grandes tormentos, y obrando Dios en ellos muchos milagros, fueron al fin degollados (en la misma ciudad de Arezzo por los años de 250.)

LOS SANTOS MÁRTIRES LUCILIANO, Y CUATRO NIÑOS LLAMADOS CLAUDIO, IPACIO, PABLO Y DIONISIO, en Constantinopla; los cuales con Luciliano, que habia sido sacerdote de los idolos, despues de haber sufrido crueles tormentos fueron echados en un horno encendido; pero sobreviniendo una lluvia se apagaron las llamas, y salieron todos sin recibir lesion; finalmente consumaron el martirio por decreto del prefecto Silvano: Luciliano crucificado, y los niños degollados.

SANTA PAULA, virgen y mártir, tambien en Constantinopla; la cual por haberla hallado recogiendo la sangre de dichos mártires, fué presa, azotada, y echada en una hoguera; y habiendo salido ilesa la degollaron en el mismo lugar en donde habia sido crucificado Luciliano.

SAN ISAAC, monge, en Córdoba en España, el cual fué degollado por confesar la fe católica. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN CECILIO, presbítero, en Cartago; el que convirtió á S. Cipriano á la fe católica.

SAN LIFARDO, presbítero y confesor, en territorio de Orleans. (Vivia tan austeramente que su alimento consistia en una onza diaria de pan y un puñado de yerbas. Fué esclarecido con la gracia de hacer milagros, y murió por los años de 550.)

SAN DAVINO, confesor, en Luca en Toscana. (Era oriundo de Armenia, de ilustrisimo linaje y muy rico. Habiendo distribuido todo su

caudal á los pobres, se fué á visitar los santos lugares de Jerusalem, pasando luego á Roma, y de esta ciudad vino á Galicia á visitar el sepulcro de Santiago. Hallándose despues en Luca, le acometió la última enfermedad y murió por los años de 1051.)

SANTA CLOTILDE, reina, en Paris, por cuyas súplicas el rey Clodoveo su marido abrazó la fe católica. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA OLIVA, virgen, en Anagni. (Desde muy niña se dió á la virtud, consagrando su integridad á Jesucristo. Mereció cierto dia ver el cielo abierto y el asiento que le tenia destinado su divino Esposo. Desde entonces su vida no fué ya sino un acto continuo de purisimo amor, de suerte que en lo mas fuerte de un éstasis entregó su alma al Criador.)

SAN POTINO, SANTA BLANDINA, Y LOS OTROS CUARENTA Y SEIS MÁRTIRES DE LEON.

HABIENDO conseguido el emperador Marco Aurelio una señalada victoria contra los bárbaros el año 174, por la oracion de los soldados cristianos que servian en la legion Fulminante, como lo reconocian y lo publicaban los mismos gentiles, se mitigó algun tanto la persecucion escitada y continuada por muchos años contra la Iglesia; pero duró poco esta calma. Renovóse luego con mayor furor que antes en muchas ciudades y provincias; en cuyo borrascoso tiempo los fieles de la ciudad de Leon señalaron particularmente su fe, derramando la sangre por Jesucristo, y siendo los primeros mártires de las Gaulas. La historia que vamos á referir se sacó de la misma carta que los fieles de las iglesias de Leon y de Viena, testigos de los combates y de las victorias de estos santos mártires, escribieron á las iglesias de Asia y de Frigia.

Creciendo cada dia en la ciudad de Leon el número de los cristianos, determinaron los gentiles acabar con todos ellos. Llegó á tanto su furor, que no podian dejarse ver con seguridad, ni en los baños, ni en los mercados, ni en las plazas públicas. Todos generalmente estaban irritados contra ellos. Magistrados, oficiales, ciudadanos, artifices, soldados, y hasta las mismas mujeres en todas partes los insultaban, y en todas las cargaban de injurias y de imprecaciones. Hacíase pública ostentacion, y se alegaba por mérito el haber maltratado á un cristiano. Subió tan de punto la insolencia y el furor, que amotinado el populacho acometió en tumulto las casas de los fieles, apedreólas, saqueólas, y los cristianos que estaban dentro de ellas padecieron todos los ultrajes y todas las violencias que es capaz de ejecutar una plebe descompuesta, infatuada y enfurecida. El comandante de las tropas quiso sosegar el tumulto, y

con este fin mandó prender á los que el pueblo tenia encerrados dentro de sus casas, entregándolos á los magistrados; preguntáronles estos por su religion en presencia de toda la muchedumbre, y respondiendo todos intrépidamente que eran cristianos, los enviaron á la cárcel hasta que volviese el gobernador, que á la sazón se hallaba ausente de la ciudad; y luego que se restituyó á ella, se los presentaron para que les hiciese su causa. Era el gobernador un hombre brutal y bárbaro, y no se pueden imaginar las crueldades que ejecutó con los santos mártires, queriendo por este medio congraciarse con el pueblo. No pudo sufrir la indignidad con que eran tratados aquellos ilustres confesores un caballero jóven, llamado Vetio Epagata, mozo de notoria y celebrada bondad, y en voz alta pidió que se le permitiese hablar en su defensa. Como era tan conocido, apenas abrió la boca cuando todo el pueblo se desencadenó contra él. La respuesta que le dió el gobernador fué preguntarle si era cristiano; y respondiendo animosamente que sí, al punto le echaron mano, y le agregaron á los demás que estaban destinados para el martirio, llamándole por escarnio desde allí en adelante el abogado de los cristianos.

Pero como se habian cogido sin distincion á todos los que se encontraron en las casas forzadas por el populacho, el rigor que se practicaba con ellos dió luego á conocer los constantes y los flacos. De casi cincuenta que fueron presos, diez perdieron el ánimo, y renunciaron la fe con mucha afliccion de todos los fieles, llegando tambien á resfriarse el zelo de los cristianos, que seguian á los confesores para asistirlos. Pero cada dia eran arrastrados otros de nuevo, que llenaban dignamente el lugar de los que habian flaqueado, y fueron presos todos los que eran reconocidos por sobresalientes en sabiduria y en virtud, así en la iglesia de Leon, como en la de Viena. Cuando se forzaron las casas de los cristianos, se prendió indistintamente á todos los que se encontraron en ellas, y juntamente con los amos fueron arrestados muchos esclavos. Temerosos estos de que los hiciesen padecer los mismos tormentos que á aquellos, les pareció que el medio mejor para librarse era acusarlos de todos los delitos que les imputaban los gentiles; y así les acusaron de que comian carne humana, y que en sus juntas cometian las mayores infamias y mas sucias obscenidades. Nacian estas acusaciones, parte de malicia, y parte de ignorancia; porque oyendo hablar á sus amos del sacramento de la Eucaristia, se les figuraba que comian carne humana cuando recibian en la comunión el cuerpo de Cristo; y observando que todos los cristianos, hombres y muje-

res, se trataban reciprocamente de hermanos y de hermanas, maliciaban que todo era para cubrir sus torpezas.

Esparcidas estas calumnias entre el pueblo, no es fácil decir cuanto irritaron los animos contra los santos. Pero el furor se declaró particularmente contra Sancio, diácono, que era natural de Viena; contra Maturó, que acababa de recibir el bautismo; contra Atalo, que habia nacido en Pérgamo de la Asia, y era respetado por una de las columnas de la iglesia de Leon; contra una tierna doncella llamada Blandina, cuya constancia dió testimonio de que la gracia no depende de edad, de sexo, ni de condicion. Era esclava, y de tan delicada complexion, que los demás cristianos, y aun su misma ama, agregada tambien al número de los mártires, temian mucho que no tuviese ánimo para confesar que era cristiana; pero ninguno confesó á Cristo con mas valor ni con mayor magnanimidad en medio de los mas crueles tormentos. Su constancia llegó á cansar la barbaridad de los verdugos. Despues de haberla despedazado, abrasado y atormentado inhumanamente por todo un dia, confesaron que alguna fuerza superior y divina debia de sostener á aquella doncella; pues no siendo así, el menor tormento de los que la habian hecho padecer bastaria para quitarla la vida. Con efecto, la dislocaron todos los huesos; llenaron todo su cuerpo de sulcos con uñas de hierro; descubriéronla hasta las entrañas con ramales acerados; y en medio de tan larga como horrible carniceria, no se la oia otra palabra que esta: *Soy cristiana, y entre los cristianos se ignora hasta el nombre del delito.* Los verdugos, cansados y rendidos, desesperaron de poder quitarla la vida; por lo que el tirano mandó que la volbiesen á la prision.

No triunfó menos en el diácono Sancio la fe de Jesucristo en medio de los tormentos. Como era extranjero, le preguntaron su nombre, su patria, su condicion y su ministerio; pero á todas las preguntas respondió con dos solas palabras: *Soy cristiano.* Por mas que le despedazaron sus carnes hasta los huesos; por mas que se valieron del hierro, del fuego y de los mas crueles suplicios para arrancarle una leve señal de impaciencia, se conservó inalterable, sin oírsele otra cosa sino decir continuamente: *Por la gracia de Dios soy cristiano.* Atormentáronle tan horriblemente, que todo su cuerpo era una sola llaga; todo hinchado, todo encorvado, y todo encogido, apenas tenia figura de hombre. El gran deseo que tenian de vencer por lo menos la paciencia de alguno de los mártires con la violencia de los tormentos, hizo creer á los verdugos algunos dias despues, que si atormentasen de nuevo al santo diácono sobre las llagas primeras, no podria

resistir á la violencia del dolor; pero sucedió todo lo contrario, con gran confusion de los gentiles. Léjos de rendirse el cuerpo del glorioso mártir con el nuevo suplicio, cobró nuevas fuerzas con él, y volviendo á su primera forma, se restituyó tambien á su antiguo vigor.

Llenaban de confusion á los gentiles las victorias de los cristianos, y deseaban, por lo menos, arrancar alguna nueva calumnia de la boca de los cristianos mismos. Con este intento se les ofreció aplicar á la cuestion á una mujer llamada Biblis, que por haber renunciado la fe, atemorizada de los tormentos, creian que por librarse de la cuestion impondria á los cristianos los delitos mas atroces. Pero nunca triunfó con mayor esplendor la fe y la gracia de Jesucristo. Despertó Biblis, por decirlo así, de un profundo sueño en virtud de aquel tormento. Los dolores pasajeros que la atormentaban, la trajeron á la memoria las penas eternas que la estaban aguardando si no se arrepentia con tiempo de su cobarde apostasia, y en vez de declarar algo contra los cristianos, tomó á su cargo defenderlos con esta generosa respuesta: ¿Cómo es posible que coman carne de niños aquellos á quienes está prohibido comer la sangre de los animales? ¿cómo es posible que cometan incestos los que miran con horror aun la menor impureza? Por lo demás no penseis haber triunfado ya de mi flaqueza y de mi cobardía, porque os declaro que soy cristiana; y por medio de esta generosa confesion volvió á entrar en la compañía de los mártires.

Avergonzados los paganos de ver confundido su furor por la constancia de los fieles, tomaron la resolucion de hacerlos perecer de hambre y de miseria en las prisiones. Metiéronlos á todos en diferentes calabozos soterráneos, oscuros, hediondos, llenos de sabandijas y de insectos, y que mas parecian sentinas que calabozos. Encajaronlos de pies en unos cepos, dispuestos con tanta violencia que muchos espiraron en aquel cruel tormento; otros por la corrupcion del aire, y algunos de pura miseria. Entre estos fué S. Potino, obispo de Leon, y cabeza de aquella generosa tropa, siendo á la sazón de noventa años. Sabian los gentiles que era la cabeza y como el padre de los cristianos; y habiéndose apoderado de él sin tener respeto á su venerable ancianidad ni á su debilidad estrema, le molieron á golpes, y arrastrándole por las calles hasta la plaza, le presentaron al gobernador, que luego le preguntó: ¿Quién era el Dios de los cristianos? Conocerásle, respondió el Santo, como tengas verdadero deseo de conocerle. Enfadado el gobernador con esta respuesta, le volvió las espaldas con desprecio. Arrojóse después

sobre él el populacho, y á puntillazos y á pedradas le dejó medio muerto, espirando dos dias despues en la prision. Registrase el dia de hoy en una gruta de las antiguallas de Leon un agujero muy estrecho abierto en la misma peña, donde se dice que encajaron á golpes al santo obispo, y le comprimieron con una cuña, y que dió su vida á Dios en aquel género de suplicio.

Habiendo llegado el dia señalado por el gobernador para dar á los gentiles el espectáculo de las fieras, esponiendo á ellas los santos mártires, fueron sacados de la prision Maturó, Sancio, Blandina y Atalo. Pasaron como revista por delante de todo el pueblo, y en esta funcion iban los verdugos apaleando á los dos primeros. Apenas entraron en el circo cuando soltaron las fieras, y abalanzándose á ellos, los arrastraron y los despedazaron horriblemente. Viendo que aun no habian espirado, encarnizado el pueblo pidió que los hiciesen sufrir nuevos tormentos, y especialmente clamó por el de la jaula de hierro enrojada y encendida. Dióle ese gusto el gobernador; y metidos en ella los santos mártires, aunque el hediondo humo de la carne retostada ofendia igualmente las narices y los ojos, no se dió por satisfecho el furor de la muchedumbre. Tampoco fueron bastantes para desalentar el valor de aquellos héroes cristianos tantos y tan espantosos tormentos; antes se les oía gritar: Siervos somos de Jesucristo, y nos tenemos por dichosos en derramar hasta la última gota de nuestra sangre á gloria de su santísimo nombre. Irritado de esta constancia uno de los verdugos, los pasó la espada por el cuerpo; y quitándoles la vida, les abrió el camino para la corona del martirio á que aspiraban.

Habian atado á Sta. Blandina á un madero con los brazos extendidos en forma de cruz, y acercándose á ella las fieras, mostraron respetarla; por lo que mandó el gobernador que la volviesen á la cárcel, especialmente habiendo observado que aquella maravilla hacia en el pueblo alguna impresion. Despues pidieron á Atalo con el mayor empeño, por ser tan conocido de todos, haciéndole igualmente respetable su nacimiento y su virtud. Dió una vuelta al rededor del anfiteatro con un cartel en el pecho en que se leian estas palabras: *Este es Atalo el cristiano*. La gritería, la burla, la chacota y las injurias que el pueblo descargaba sobre él aumentaban visiblemente la alegría que se dejaba reparar en su semblante. Iba ya á entrar en el circo cuando tuvo noticia el gobernador de que era ciudadano romano, por lo que mandó le volviesen á la cárcel con los demás cristianos hasta tener respuesta del emperador, á quien habia consultado lo que debia hacer con él y con los otros.

Era espectáculo digno de ternura y de admiracion ver en las prisiones aquella tropa de gloriosos confesores de Cristo, en cuyas heridas se leian los mas encarecidos elogios de su fe. Unos medio tostados, otros dislocados todos sus huesos, otros despedazadas sus carnes, y todos cubiertos de llagas, triunfando de alegría por haber sido dignos de derramar la sangre, sufrir injurias y tormentos por el nombre de Jesucristo. Sobre todo era admirable su humildad; pues en medio de haber sido echados á las fieras, de haber padecido tan crueles suplicios, de haber pasado por todos los tormentos que supo inventar la crueldad, y de haber padecido tantas veces el martirio, todavia no podian sufrir que les diesen el nombre de mártires, y se encomendaban sin cesar en las oraciones de los fieles.

Necesariamente habian de hacer mucho fruto aquellos grandes ejemplos. Los que habian hecho traicion á la fe con indigna cobardía, movidos de un vivo arrepentimiento, resolvieron reparar el escándalo por medio de una generosa confesion de la fe que habian abrazado. Efectivamente, habiendo llegado la respuesta del emperador con orden de que se quitase la vida á todos los que persistiesen en confesar á Jesucristo, y se diese libertad á los que hubiesen renunciado del cristianismo, quedó sorprendido el gobernador cuando vió que estos mismos pedian ser otra vez examinados acerca de su religion. El público arrepentimiento que mostraron de su primera flaqueza, la generosa confesion que hicieron de la fe que profesaban, y el ardiente deseo que mostraron de derramar toda su sangre en su defensa, les mereció la gracia y la dicha de ser agregados á los demás santos mártires, y de entrar á la parte en su corona.

Hallábase en Leon un cristiano, por nombre Alejandro, médico de profesion, muy celebrado por su singular pericia en la facultad, pero mucho mas por el zelo de la fe de Jesucristo, que predicaba en todas ocasiones con resolucion y con valor, aprovechando la oportunidad de visitar sus enfermos para persuadirlos que se hiciesen cristianos. Estando junto al tribunal del juez mientras hacia el interrogatorio y tomaba la declaracion de los que antes habian apostatado, los hacia señas con la cabeza y con los ojos, exhortándolos á confesar el nombre de Jesucristo, y los hablaba con los gestos. Notólo el pueblo; y como estaba tan indignado contra los que se habian arrepentido de su apostasia, comenzó á gritar acusando al médico Alejandro de que tenia la culpa de aquella mudanza. Volvióse el gobernador hácia él, y preguntóle quién era. Soy cristiano, respondió intrépidamente Alejandro; y sin pasar mas adelante el juez, irritado con esta

respuesta, le condenó á ser despedazado por las fieras, mandando fuese llevado á la cárcel con los demás mártires que ya estaban sentenciados á muerte. Dilatóse la ejecucion hasta el dia siguiente, por celebrarse en él una fiesta gentilica. Los primeros que espusieron á las fieras fueron Atalo y Alejandro, que habiendo sido arrastrados de ellas por largo tiempo, sacudidos y despedazados, los dejaron tendidos en la arena medio muertos. Quiso el pueblo divertirse con el cruel espectáculo de verlos asarse en la caja ó en la jaula de hierro ardiendo. Alejandro se mostró en ella perpetuamente unido con Dios, sin hablar palabra; pero Atalo, viendo que el pueblo se tapaba las narices por no poder tolerar el humo y el mal olor de la carne quemada, esclamó diciendo: *De vosotros, idólatras, si que se puede decir os alimentais de carne humana, pues la asais para que á lo menos os entre el mal olor por las narices. Los que servimos á Jesucristo no sabemos qué cosa es alimentarnos con hombres, ni comer ninguno de los delitos que nos imputais.* Preguntóle uno cómo se llamaba su Dios, y le respondió: *Los nombres se inventaron para distinguir la multitud, y el que es por esencia único, no ha menester nombre.* Poco tiempo despues acabó gloriosamente su carrera.

Muertos ya casi todos los santos mártires, salió al anfiteatro Blandina, acompañada de un niño cristiano, llamado Póntico, de edad de solos quince años, que se cree haber sido hermano de la santa doncella. De propósito reservaron á estos dos para los últimos, pareciéndoles que el flaco sexo de la una, y tierna edad del otro, con el terror que los causarían los tormentos que habian visto padecer á los demás, con cuyo fin todos los dias los sacaban al anfiteatro, los tendrían atemorizados, y perderían el ánimo. Pero su inmutable constancia en la religion cristiana irritó de tal manera al pueblo contra ellos, que hizo fuesen atormentados con toda suerte de crueldad y de barbarie. Ejecutaron en ellos todos cuantos suplicios pudieron imaginar para obligarlos á jurar por los dioses inmortales; pero todo fué inútilmente. Animado Póntico con las exhortaciones de su santa hermana, se mantuvo invencible, y haciendo gloria de ser cristiano, espiró en los tormentos.

La última de aquella dichosa tropa que consiguió la corona del martirio fué Sta. Blandina, habiendo sido la primera que se presentó en el combate. No cabia en sí de gozo, viéndose tan cercana al fin de su carrera. Despues de haber sido azotada con varas, de haberla de nuevo despedazado las fieras, de haberla vuelto á encerrar en la jaula encendida, diciendo siempre soy

cristiana, la metieron en una especie de red, y la espusieron á un bravo y furioso toro, que habiéndola dado terribles golpes, la arrojó varias veces al aire con las puntas; y mostrándose insensible á este tormento, ocupada su alma toda en Dios, al fin fué degollada como los demás. Así triunfó la fe de Jesucristo en la victoriosa constancia de estos cuarenta y ocho mártires, que desde entonces se hicieron muy célebres en toda la santa Iglesia.

Los que murieron en la cárcel fueron los santos Potino, obispo de Leon, Arescio, Cornelio, Zósimo, Tito, Zórico, Julio, Apolonio, Germiniano, y las santas Julia, Emilia, Jannica, Pompeya, Ausonia, Alomnia, Justa, Trofima y Autonia.

Los que acabaron degollados fueron los santos Epagato, Zacarias, Macario, Alcibiades, Silvio, Primo, Ulvio, Vital, Comino, Octubre, Filumino, Germino, y las santas Julia, Albina, Grata, Rogacia, Emilia, Postumiana, Pompeya, Rodana, Biblis, Cuarra, Materna y Elpa.

Los espuestos á los fieras fueron los santos Sancio, Maturo, Atalo, Alejandro, Póntico y Sta. Blandina, cuya veneracion en toda la Iglesia fué tan grande desde luego, que solo tenian el nombre de Sta. Blandina muchas iglesias consagradas á todos los cuarenta y ocho mártires; y la de Viena aun el dia de hoy llama al dia de los mártires de Leon la fiesta de Sta. Blandina y de sus compañeros, nombrando solamente á la Santa en la oracion del oficio.

No se dió por satisfecho el furor de los gentiles con la muerte de los santos mártires, y se ensangrentó tambien contra sus sagradas cenizas, que arrojaron en el Ródano despues de haber quemado sus cuerpos. Pero Dios las conservó juntándolas milagrosamente, y en el sitio en que se hallaron se edificó una iglesia en honor de los mismos mártires, cuyas cenizas se colocaron debajo del altar mayor; y porque se cree que este milagro sucedió el dia 2 de junio, desde entonces se llamó este dia *la fiesta de los milagros*.

Porque los mártires de Leon se llaman tambien *los mártires de Ainay*, que es un sitio de la misma ciudad, donde se juntan los dos rios, el Ródano y el Saona, piensan muchos que aquel fué el lugar de su martirio; lo cierto es que en aquel paraje estaba el altar de Augusto, donde se hacian los sacrificios, en cuyas fiestas los quitaron la vida. Otros, con mayor probabilidad, son de parecer que nuestros santos mártires murieron en el anfiteatro, cuyas ruinas se registran aun el dia de hoy en la montaña que llaman de Fourviere, donde se ven las grutas soterráneas,

que servian de calabozos, si ya no eran las cuevas ó las jaulas donde se tenían encerradas las fieras. El haber sido quemados los cuerpos delante del altar de Augusto, pudo dar ocasion á que se llamasen los mártires de Ainay.

El Martirologio romano hace conmemoracion de estos santos mártires en el dia de ayer, 2 de junio; notándose empero alguna diferencia en ciertos nombres, pues Potino es llamado Fotino; Sancio, Santos; y Biblis, Biblides.

SAN ISAAC, MONGE.

ENTRE los ilustres mártires de Jesucristo que dieron tanto honor á Córdoba, y á la Iglesia, sacrificados por el bárbaro furor de los mahometanos, fué uno S. Isaac, natural de la misma ciudad, hijo de padres de la primera nobleza de ella, en quien manifestó el cielo muy anticipadamente indicios nada equívocos de su santidad futura antes que naciese. Refiere S. Eulogio su historiador, que habló en el vientre de su madre, la que pasmada con la novedad, no pudo entender lo que decia. A los siete años, añade el mismo escritor, que una mujer religiosa vió descender de los cielos un globo de luz, y estendiendo Isaac las manos, cogiéndole, le introdujo por su boca.

Las grandes ideas que concibieron los padres en un hijo en que parece se interesaba el cielo, y las esperanzas de vincular su opulenta casa en sucesion tan dichosa, les empeñó en dar al niño una educacion cristiana, é imprimir desde luego en su corazon los altos dictámenes de la religion católica, para que despues correspondiesen sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, y con el esplendor de su sangre. Sobre tan sólidos principios, sin perder de vista las visibles ocupaciones del estado, á el que podria servir conforme á su nacimiento, procuraron educarle bajo la conducta de los mejores maestros, siguiendo las nobles disposiciones de su espíritu, logrando en muy breve tiempo, que hiciese en las letras maravillosos progresos. S. Eulogio confiesa el grande ingenio de Isaac, las superiores luces de su entendimiento, y los profundos conocimientos que tuvo en las ciencias humanas y divinas. En efecto, era reputado en su tiempo por un portento de sabiduria, y estimado universalmente por un hombre de incomparable rectitud y prudencia. Y como se hallaba instruido perfectamente en la lengua árabe, y en el manejo público, sin embargo de la diferencia de religion, echaron mano de nuestro Santo los árabes, dominantes en España, en muchas ocasiones criticas, y aun le fiaron el car-



S. ISAAC MONGE M.

go de síndico general, que desempeñó con grande reputacion. Como juntaba Isaac una singular circunspeccion y gravedad de costumbres á aquella gran madurez de juicio, y solidez de entendimiento, descubrió sin dificultad los lazos que iba armando el mundo á su inocencia. Hicieron poca impresion en su espíritu los atractivos de una fortuna brillante. Inútilmente probó á su virtud todo aquello que mas pudiera tentar á cualquiera otro corazon menos desengañado, ó menos sólido. Nunca le deslumbraron los apreciables partidos de los empleos mas elevados, de que tanto se paga el mundo. Inspiróle su virtud dictámenes y máximas mas conformes á la religion que profesaba, y aunque jóven, rico, y en medio de la corte, vivia con la circunspeccion y arreglo que pudiera un solitario, empleado en oracion, obras de caridad, y en la lectura de libros espirituales. Todos aplaudian, y aun veneraban á Isaac, como maravilla de la corte, cuando Dios le inspiró la resolucion de dejarla, por atender únicamente al negocio importante de su salvacion. Siguiendo vocacion tan acertada, y renunciando todas las grandezas y prosperidades mundanas, se retiró á servir á Dios en el monasterio de Tabana, poco mas de dos leguas distante de la ciudad de Córdoba, en lo muy espeso y enricado de la Sierra Morena, que habia fundado el ilústre mártir de Jesucristo S. Jeremias, tio de nuestro Santo. A esta repentina mutacion atribuye S. Eulogio los prodigiosos sucesos que ocurrieron en el tiempo de la preñez de su madre, y en la infancia de nuestro Santo, que se hizo admirar en el nuevo estado, bajo la disciplina del abad Martin, como un modelo de todas las virtudes, y un monstruo de humildad y mortificacion, acreditando en la total abstraccion de las cosas del siglo, y recogimiento de su espíritu, que solo vivia en Jesucristo.

Apenas habia tres años que se retiró del mundo, cuando el Señor le ofreció el campo de su glorioso combate, para el que se disponia con fervorosos deseos; suplicando á Dios continuamente le concediese esta gracia. Suscitó Abderraman por los años 831 una cruel persecucion contra los cristianos con el depravado intento de destruir, si pudiese, hasta las reliquias de la religion en sus estados, para que dominase mas libremente la secta de su profeta falso. Tenia Dios siervos fieles, zelosos y leales, que gemian por entonces bajo la dominacion de los bárbaros, de los cuales muchos, tanto de la ciudad, como de los campos de Córdoba, se presentaban con una santa intrepidez y con un valor increíble ante los jueces árabes á confesar en alta voz la fe de Jesucristo, y aprovecharse de esta ocasion para sellar con su sangre las infalibles verdades. Uno de los primeros que volunta-

riamente se ofreció al combate fué Isaac, cuyo ejemplo animó maravillosamente á los fieles restantes.

A pretesto de aprender la ley de Mahoma se presentó al juez árabe, solicitando le dijese las razones en que se fundaba; y persuadido el bárbaro, que movia á nuestro Santo el deseo de abrazar su secta, le manifestó los delirios y necesidades de su falso profeta; y como Isaac se hallaba perfectamente instruido en el idioma árabe, en su lengua principió á reconvenirle sobre los errores crasos que adoptaba una secta toda llena de patrañas, repugnante á cuantos principios suministran las luces naturales, añadiéndole que estrañaba, como unos hombres racionales se dejasen seducir de tan obvios engaños, sin otro apoyo que el de un profeta falso, maldito de Dios, y castigado en el infierno con la multitud de sus secuaces.

Turbóse el juez al oír respuesta tan inesperada, y embriagado de cólera, sin poder hablar palabra, se arrojó sobre Isaac furiosamente, y le dió de bofetadas. Recibió el Santo con increíble paciencia aquella injuria, diciéndole solamente que daria al Señor cuenta por atreverse á herir sin motivo á su imágen. Pero continuando sin embargo en la defensa de la religion de Jesucristo, y en hacer ver la falsedad del engañador Mahoma, no atreviéndose el juez á deliberar por sí en aquel negocio, mandó ponerle en prision interin informaba al rey de lo sucedido.

Olvidado el rey bárbaro de las obligaciones que en otro tiempo debió á Isaac, cuando le sirvió con el mayor honor y fidelidad, irritado con el informe de su ministro, mandó que inmediatamente le quitasen la vida como á todos los que se atreviesen á maldecir de su profeta; pero no queriendo que fuese de un golpe para dilatar mas su martirio, ordenó que le atasen por los pies á una horca con la cabeza hácia bajo, y que le mantuviesen algunos dias en esta disposicion, para que sirviese del mas terrible espectáculo á todos los cristianos. Ejecutóse tan inicua providencia; y quemado despues vivo, logró la corona del martirio en el dia 3 de junio del año 831, y no satisfechos con este castigo los barbaros arrojaron sus cenizas al rio con las de otros ilústres mártires. Tenia Isaac entonces veinte y siete años.

Un santo monge del monasterio de Tabana, de donde salió Isaac para su glorioso combate, inmediatamente que se verificó su triunfo tuvo una revelacion, en la que vió un manebro hermoso, que entregándole una esquila, leyó en ella lo siguiente: *Así como nuestro padre Abraham ofreció á su hijo Isaac en sacrificio, del mismo modo se ha ofrecido Isaac al Señor por sus hermanos.*